



Dolores Castro:

la certeza en la flor

Fotografía: Pascual Borzelli Iglesias

José Francisco Conde Ortega

SI EL VIENTO ES AIRE EN MOVIMIENTO y, feraz y multiforme, convoca recuerdos y apresura las señales del instante, la flor puede convertirse en su eco promisorio. Así, como un afán desmesurado por establecer algunos límites al tiempo, el agua tornadiza se vuelve un espejo impuro, donde aire en movimiento y flor verifican su acontecer en la palabra. Y agua y viento y flor se buscan como cercos del tiempo insobornable: espejos táctiles, sonoros y visuales en ardoroso concierto: las armas escriturales de Dolores Castro para dejar testimonio de ese “dulce dolor de estar viviendo”, como dice ella misma en “Llamado del hijo”, de *Cantares de vela*.

“Fiel a su espejo diario” —para citar al entrañable Ramón—, la poeta fija su poética en *Dimensión de la lengua en su función creativa, emotiva y esencial* (1989), ensayo certeramente breve. Y pone a Fernando Pessoa como testigo de honor:

El poeta superior dice lo que efectivamente siente. El poeta inferior dice lo que cree que debe sentir. El poeta medio dice lo que decide sentir.

Como Antonio Machado, hace caso a su entorno y se deja persuadir por lo que dicen las cosas, “si es que algo dicen”, para conferirles esa particular carga afectiva, que si bien es única e intransferible, sí es posible compartirla: comunicar. Por eso, como Huidobro, no reniega de la tradición, pero sabe que se debe ir más allá; como Rubén Bonifaz Nuño en *Los reinos de Cintia*, le ofrece pistas al lector para acotarle el camino; como Ezra Pound, está segura de que sentimiento, tradición y complicidades se unen indisolublemente con el rigor en el oficio.

Por eso las obsesiones escriturales de Dolores Castro se centran en ciertos giros, figuras y palabras. Se dice un estar en el mundo y se traza una bitácora de sueños, amores, pesares y desencuentros. Hay un enconado cuestionar al mundo a partir de ir escudriñando en su interior, para encontrarse con la única certeza: el tiempo es un ente ineluctable y sólo se posee, para entenderlo, el frágil subterfugio del verbo: la palabra que es escudo y espada en un solo lance de dados. Esto es la estructura afectiva de la obra poética de Dolores Castro.

El corazón transfigurado (1949), *Siete poemas* (1952), *La tierra está sonando* (1959), *Cantares de vela* (1960), *Soles* (1977), *Qué es lo vivido* (1980), *Las palabras* (1990) y *Poemas inéditos* (1990) forman un *corpus* poético rigurosamente armado y pleno de congruencia vital. En la edición, de 1996, que reúne este material se encuentran una coda y un leve paréntesis, ambos necesarios. La coda es el ensayo líneas arriba señalado; el paréntesis, la novela *La ciudad y el viento*, de 1962. Y no es ocioso que la novela lleve en el título la palabra “viento”, una de las constantes léxicas más significativas en esta singular obra poética.

Desde sus primeros versos Dolores Castro supo afinar sus sentidos para percibir los detalles más entrañables de su entorno. Si para José Gorostiza el olfato es el más fino de los sentidos, para la autora de *Soles*, sin el afán de contradecir al poeta de *Canciones para cantar en las barcas*, los cinco sentidos son ineludiblemente necesarios. Seguramente porque, como Huidobro, ya sabía que, al buscar decir al mundo, había que hacerlo no con una descripción más o menos fiel de las cosas, sino a partir del

efecto que éstas provocan en la experiencia personal. Por eso el viento, la flor y el agua constituyen la andadura vital en la poesía de Dolores Castro.

Ella aguza la mirada para decir la flor, para nombrarla como si fuera la primera vez. Por eso, cuando se convierte en rosa o azucena o... la peculiar coloración de esa flor en particular, le confiere al poema nuevas luces y significados inéditos. En el poema III de *Siete poemas*, dice: “Reviente, el fruto, el vientre la azucena”, para decirnos en el siguiente verso que esos colores suyos son “engañosos”. Tanto como pueden serlo las circunstancias de un amor sin fruto, como dice en “Sequía”, de *Cantares de vela*:

En espera, tendida como yerba
que apresura su flor en la sequía
oigo el viento quebrado,
el espiral, la seña.

Quiero decir ahora,
que yo amo la vida:
que si me voy sin flor,
que si no he dado fruto en la sequía,
no es por falta de amor.

Y afina el oído para conocer la premura del agua, que puede ser lluvia o llovizna, o tormenta o río, aun diluvio. De todas formas lo primero que se advierte es un sonido que puede anunciarlo todo. Es un espejo sonoro que ofrece la quietud, el remanso o los signos ominosos de la catástrofe; o el delicado puñal del recuerdo y el olvido. Dolores Castro cierra el poema citado arriba:

Quiero decir que he amado
los días de sol, las noches,
los árboles, el viento, la llovizna.


Pero en “Nocturno”, del mismo libro, escribe: “Aquí voy en el río/ desconocida, larga.” Porque hay una “sed de oscuras aguas”. Y dos poemas antes, en “Corona rota”, la “yerba está húmeda” y el símbolo de los pequeños triunfos yace en el río y éste cabe en el hueco de una mano. Quizás porque siempre sabrá, como escribe en el poema XIX de *Qué es lo vivido*:

El brillo de las gotas de la lluvia
no más intenso que las miradas
ni menos húmedo
ni mejor.

Ésta es la certeza del desastre.

Sí, el viento es aire en movimiento. Y se percibe con todos los sentidos. Puede erizar la piel o acariciarla; contentar el oído o lastimarlo; traer olores gratos o nauseabundos; limpiar de impurezas el paisaje o ensuciarlo; provocar el gusto contentadizo o el repudio. Es el cómplice o el enemigo. Y puede ser pájaro —cenzontle, paloma— o ráfaga para señalar el mundo. Por eso, esta palabra rige, conspira, señala, se adueña y campea en la obra de Dolores Castro. Y es constancia de fe en la congruencia del hacer poético y la experiencia vital. Estas líneas, que cierran el “Llamado del hijo” podrían resumirlo:

Te daré lo que tengo:
este poco de viento
que escapa entre mis dedos,
que es el dulce dolor
de estar viviendo.

Efraín Huerta escribió que “sólo a fuerza de poesía se deja de ser un poeta a fuerzas”. Es cierto, desde luego. Dolores Castro lo sabe. Lecturas innumerables dejan testimonio a lo largo de su obra. Desde los poetas españoles de los Siglos de Oro y la Biblia hasta la nómina de autores mexicanos e hispanoamericanos, pasando por escritores de otras lenguas, el acervo es cuantioso. Y le sirvió para adquirir su propia voz. La conciencia siempre vigilante le ofreció la posibilidad de elegir un modo personal y reconocible: brevedad, contención, sencillez arduamente conseguida. Todo en el empleo de un tono menor, reposado y sin prisas, sólo para indagar en las preguntas eternas de la especie: el tiempo, la muerte, el amor, la injusticia y el coraje para vivir. Y la entereza para cuestionarse a sí misma. En el poema y en la vida. Si es que no fueran para ella lo mismo. La misma verdad en el rojo silencio de la flor. 

Ciudad Nezahualcóyotl - UAM-A, invierno 2015